

LA PATERNIDAD DE DIOS

Volumen 1 – Sermón No. 213

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
12 DE SEPTIEMBRE DE 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Padre nuestro que estás en los cielos”
Mateo 6:9***

Creo que hay lugar para una gran duda, si nuestro Salvador pretendía que la oración, de la cual nuestro texto forma parte, se usara de la manera en que se emplea comúnmente entre los cristianos profesantes. Es costumbre de muchas personas repetirla como su oración de la mañana, y piensan que cuando han repetido estas sagradas palabras ya han hecho suficiente. Creo que esta oración nunca fue pensada para un uso universal. Jesucristo la enseñó no a todos los hombres, sino a sus discípulos, y es una oración adaptada sólo a aquellos que son poseedores de la gracia y están verdaderamente convertidos. En los labios de un hombre impío está completamente fuera de lugar. ¿No dice alguno: Vosotros sois de vuestro padre el diablo, porque las obras de él hacéis? ¿Por qué, pues, os burláis de Dios diciendo: “Padre nuestro que estás en los cielos”?

Porque ¿cómo puede ser Él tu Padre? ¿Tienes dos Padres? Y si Él es un Padre, ¿dónde está Su honor? ¿Dónde está su amor? No lo honras ni lo amas y, sin embargo, te acercas a Él con presunción y blasfemia y le dices: “Padre nuestro”, cuando tu corazón todavía está apegado al pecado y tu vida se opone a Su Ley y, por lo tanto, ¡demuestras que eres un heredero de ira y no un hijo de la gracia! Oh, te lo suplico, deja de emplear sacrílegamente estas sagradas palabras. Y hasta que podáis decir con sinceridad y verdad: “Padre nuestro que estás en los cielos”, y en vuestras vidas procuren honrar Su santo nombre, no le ofrezcáis el lenguaje del hipócrita, que es una abominación para Él.

También cuestiono mucho, si esta oración estaba destinada a ser utilizada por los propios discípulos de Cristo, como una forma constante de oración. Me parece que Cristo lo dio como modelo, por el cual debemos moldear todas nuestras oraciones, y creo que podemos usarlo para edificación y con gran sinceridad y fervor, solo en ciertos tiempos y estaciones. He visto a un arquitecto formar el modelo de un edificio que pretende erigir de yeso o madera, pero nunca tuve la idea de que estaba destinado a vivir en él.

He visto a un artista trazar en un trozo de papel marrón, tal vez, un diseño que luego tenía la intención de trabajar en cosas más costosas. Pero nunca imaginé que el diseño fuera la cosa en sí. Esta oración de Cristo es un gran gráfico, por así decirlo, pero no puedo cruzar el mar en una carta. Es un mapa, pero un hombre no es un viajero porque pasa los dedos por un mapa. Y así, un hombre puede usar esta forma de oración y, sin embargo, ser un total extraño al gran diseño de Cristo al enseñárselo a sus discípulos.

Siento que no puedo usar esta oración a la omisión de otros. Grande como es, no expresa todo lo que deseo decirle a mi Padre que está en los Cielos. Hay muchos pecados que debo confesar por separado y distintamente. Y las diversas otras peticiones que contiene esta oración requieren, creo, ser ampliadas cuando me presente ante Dios en privado. Y debo derramar mi corazón en el lenguaje que Su Espíritu me da. Y más que eso, debo confiar en el Espíritu para expresar los gemidos inefables de mi espíritu, cuando mis labios no pueden expresar realmente todas las emociones de mi corazón. Que nadie desprecie esta oración. Es inigualable y si debemos tener formas de oración, tengamos esta en primer lugar, ante todo y principal, pero que nadie piense que Cristo restringiría a sus discípulos al uso constante y exclusivo de esta oración.

Y ahora, yendo al texto, hay varias cosas que debemos notar aquí. Y primero, me detendré por unos minutos en la doble relación mencionada: "Padre nuestro que estás en los cielos". Hay filiación: "Padre". Hay hermandad, porque dice: "Padre nuestro". Y si Él es el padre común de nosotros, entonces debemos ser hermanos, porque hay dos relaciones, filiación y hermandad. A continuación, pronunciaré unas pocas palabras sobre el espíritu que es necesario para ayudarnos antes de que podamos pronunciar esto: "El espíritu de adopción", por el cual podemos clamar: "Padre nuestro que estás en los cielos". Y luego, en tercer lugar, concluiré con el doble argumento del texto, porque en realidad es un argumento sobre el cual se basa el resto de la oración. "Padre nuestro que estás en los cielos", es, por así decirlo, un fuerte argumento que se usa antes de que se presente la súplica misma.

1. Primero, LA DOBLE RELACIÓN IMPLÍCITA EN EL TEXTO.

Tomamos el primero. Aquí está la filiación: "Padre nuestro que estás en los cielos". ¿Cómo debemos entender esto y en qué sentido somos hijos e hijas de Dios? Algunos dicen que la Paternidad de Dios es universal y que todo hombre, por el hecho de ser creado por Dios, es necesariamente hijo de Dios. Dicen, por tanto, que todo hombre tiene derecho a acercarse al Trono de Dios y decir: "Padre nuestro que estás en los cielos". En eso debo estar en desacuerdo, creo que en esta oración debemos acercarnos a Dios, mirándolo no como nuestro Padre a través de la creación, sino como nuestro Padre a través de la adopción y el nuevo nacimiento. Expondré muy brevemente mis razones para ello.

Nunca he podido ver que la creación implique necesariamente paternidad. Creo que Dios ha hecho muchas cosas que no son sus hijos. ¿No ha hecho Él los cielos y la tierra, el mar y su plenitud? ¿Y son sus hijos? Dices que estos no son seres racionales e inteligentes, pero Él hizo a los ángeles que están en una posición eminentemente alta y santa, ¿son sus hijos? "¿A cuál de los ángeles dijo Él alguna vez, tú eres mi hijo?" No encuentro, como regla, que los ángeles sean llamados hijos de Dios, y debo estar en desacuerdo con la idea de que la mera creación, trae a Dios necesariamente a la relación de un Padre con nosotros.

¿No hace el alfarero vasijas de barro? Pero, ¿es el alfarero el padre de la vasija o de la botella? No, amados, se necesita algo más allá de la creación para constituir la relación, y aquellos que pueden decir: "Padre nuestro que estás en los cielos", son algo más que criaturas de Dios, han sido adoptados en su familia. Los ha sacado de la antigua familia de pecado en la que nacieron. Los ha lavado y limpiado y les ha dado un nombre nuevo y un espíritu nuevo y los ha hecho "herederos de Dios y coherederos con Cristo". Y todo esto por Su propia gracia libre, soberana, inmerecida y distintiva.

Y habiéndolos adoptado para ser Sus hijos, Él, en segundo lugar, los ha regenerado por el Espíritu del Dios viviente. Él "los ha engendrado de nuevo para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos". Y ningún hombre tiene derecho a reclamar a Dios como su Padre a menos que sienta en su alma y crea, solemnemente, a través de la fe de la elección de Dios, que ha sido adoptado en la única familia que está en el Cielo y en la tierra, y que ha sido regenerado o nacido de nuevo.

Esta relación también implica amor. Si Dios es mi Padre, me ama. ¡Y, oh, cómo me ama! Cuando Dios es un Esposo, Él es el mejor de los esposos. Las viudas, de una forma u otra, siempre están bien atendidas. Cuando Dios es un Amigo, Él es el mejor de los amigos y está más unido que un hermano. Y cuando es Padre, es el mejor de los padres. ¡Oh Padres, tal vez no sabéis cuánto amáis a vuestros hijos! Cuando están enfermos, lo sabes, porque te paras junto a sus lechos y los compadece, ya que sus pequeños cuerpos se retuercen de dolor. Bueno, "como un padre se compadece de sus hijos, así el Señor se compadece de los que le temen". Tú también sabes cómo amas a tus hijos, cuando te entristecen por su pecado. Surge la ira y estás listo para castigarlos, pero tan pronto como la lágrima está en sus ojos, tu mano se siente pesada y sientes que preferirías herirte a ti mismo que herirlos a ellos, y cada vez que los golpeas, pareces clamar: "¡Oh, si tuviera que afligir así a mi hijo por su pecado! ¡Oh, que yo pudiera sufrir en su lugar!" Y Dios, nuestro Padre, "no aflige voluntariamente". ¿No es eso algo dulce? Está, por así decirlo, obligado a ello. Incluso el brazo eterno no está dispuesto a hacerlo. Es solo Su gran amor y profunda sabiduría lo que detiene el golpe.

Pero si quieres conocer tu amor por tus hijos, lo sabrás más si ellos mueren. David sabía que amaba a su hijo Absalón, pero nunca supo cuánto lo amaba hasta que escuchó que Josué lo había matado y enterrado. "Preciosa a los ojos del Señor es la muerte de sus santos". Él sabe, entonces, cuán profundo y puro es el amor que la muerte nunca puede cortar y los terrores de la eternidad nunca pueden desatar. Pero, Padres, aunque amáis mucho a vuestros hijos y lo sabéis, no sabéis ni podéis decir cuán profundo es el abismo insondable del amor de Dios por vosotros. Salid a medianoche y contemplad los cielos, obra de los dedos de Dios, la luna y las estrellas que él ha dispuesto, y estoy seguro de que dirás: "¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él?" Pero, sobre todo, te asombrarás, no de que lo ames, sino de que mientras tiene todos estos tesoros, debe poner su corazón en una criatura tan insignificante como el hombre. Y la filiación que Dios nos ha dado no es un mero nombre, ahí está todo el gran corazón de nuestro Padre, dado a nosotros en el momento en que nos reclama como Sus hijos.

Pero si esta filiación involucra el amor de Dios hacia nosotros, involucra también el deber de amar a Dios. Oh, Heredero del Cielo, si eres hijo de Dios, ¿no amarás a tu Padre? ¿Qué hijo hay que no ame a su padre? ¿No es menos que humano si no ama a su padre? Que sea borrado del libro de memorias su nombre el que no ama a la mujer que lo dio a luz y al padre que lo engendró. Y nosotros, los elegidos favoritos del Cielo, adoptados y regenerados, ¿no le amaremos? ¿No diremos: "¿A quién tengo en los cielos sino a ti, y no hay nadie en la tierra que desee en comparación contigo? Padre mío, te daré mi corazón. Tú serás el guía de mi juventud. Tú me amas y el pequeño corazón que tengo será todo tuyo para siempre"?

Además, si decimos: "Padre nuestro que estás en los cielos", debemos recordar que el ser hijos implica el deber de obediencia a Dios. Cuando digo "Padre mío", no debo levantarme y rebelarme contra Sus deseos, si Él es mi Padre, debo tomar nota de Sus mandamientos y debo obedecer con reverencia. Si Él ha dicho: "Haz esto", déjame hacerlo, no porque le tema, sino porque le amo, y si Él me prohíbe hacer algo, que yo lo evite. Hay algunas personas en el mundo que no tienen el espíritu de adopción, y nunca pueden ser inducidas a hacer nada a menos que vean alguna ventaja para ellos en ello, pero con el hijo de Dios, no hay motivo en absoluto, él puede decir con valentía: "Nunca he hecho nada bueno desde que seguí a Cristo porque pedí llegar al cielo por medio de él, ni nunca he evitado nada malo porque tenía miedo de ser condenado".

El hijo de Dios sabe que sus buenas obras no lo hacen aceptable a Dios, porque fue aceptable a Dios por medio de Jesucristo mucho antes de que tuviera buenas obras. Y el temor del Infierno no le afecta, porque sabe que está librado de eso y nunca vendrá a condenación, habiendo pasado de muerte a vida. Él actúa por puro amor y gratitud y hasta que lleguemos a ese estado mental, no creo que exista tal cosa como la virtud.

Porque si un hombre ha hecho lo que se llama una acción virtuosa, porque pidió llegar al Cielo o evitar el Infierno por ello, ¿a quién ha servido? ¿No se ha servido a sí mismo? ¿Y qué es eso sino egoísmo? Pero el hombre que no tiene infierno que temer ni cielo que ganar, porque el cielo es suyo y nunca puede entrar en el infierno, ese hombre es capaz de virtud, porque dice:

***“Ahora por el amor llevo Su nombre,
cual fue mi ganancia la estimo mi pérdida.
Derramo desprecio sobre toda mi vergüenza,
y clavo mi gloria en Su Cruz”***

En Su Cruz, porque Él me amó y vivió y murió por mí que no lo amaba, pero que ahora desea amarlo con todo mi corazón, alma y fuerza.

Y ahora permítanme llamar su atención sobre un pensamiento alentador, que puede ayudar a animar al hijo de Dios abatido y tentado por Satanás. La filiación es algo que todas las debilidades de nuestra carne y todos los pecados a los que somos precipitados por la tentación, nunca pueden violar o debilitar. Un hombre tiene un hijo, ese hijo de repente se ve privado de sus sentidos, se vuelve tonto. ¡Qué pena para un padre que un hijo se vuelva loco o tonto y exista sólo como un animal, aparentemente sin alma! Pero el niño tonto es un niño y el niño lunático sigue siendo un niño, y si somos los padres de tales niños, ellos son nuestros y toda la idiotez y toda la locura que posiblemente les pueda sobrevenir, nunca podrán afectar el hecho de que son nuestros hijos. ¡Oh, qué misericordia, cuando trasladamos esto al caso de Dios y al nuestro! ¡Qué necios somos a veces, qué peor que necios! Podemos decir como lo hizo David: “Yo era como una bestia delante de ti”. Dios trae ante nosotros las Verdades de Su reino. No podemos ver su belleza, no podemos apreciarlos, parecemos como si fuéramos totalmente dementes, ignorantes, inestables, cansados y propensos a resbalar.

Pero, gracias a Dios, ¡aún somos sus hijos! Y si hay algo peor que le puede pasar a un padre que su hijo se vuelva un lunático o un tonto, es cuando crece para ser malvado. Bien se dice: “Los hijos son bendiciones dudosas”. Recuerdo haber escuchado a uno decir y, según pensé, no muy amablemente, a una madre con un niño en su pecho: “¡Mujer, puedes estar amamantando a una víbora allí!” A la madre le picó profundamente y no hizo falta haberlo dicho, pero ¡cuán a menudo es el hecho de que el niño que ha sido amamantado por el pecho de su madre, cuando crece, lleva las canas de esa madre con dolor a la tumba!

***“¡Vaya! ¡más afilado que el diente de una serpiente
es el tener un hijo desagradecido!”
Impío, vil, libertino, ¡un blasfemo!”***

Pero fíjense, hermanos: si es un niño, no puede perder su condición de niño, ni nosotros nuestra paternidad, sea quien sea o lo que sea. Que sea transportado más allá de los mares, sigue siendo nuestro hijo. Neguémosle la casa porque su conversación podría llevar a otros de nuestros hijos al pecado, sin embargo, nuestro hijo es y debe ser y cuando el césped cubra su cabeza y la nuestra, "padre e hijo" todavía estarán en la lápida. La relación nunca puede romperse mientras dure el tiempo. El hijo pródigo era hijo de su padre, cuando estaba entre las rameras y cuando apacentaba a los cerdos. Y los hijos de Dios son hijos de Dios en todas partes y en cualquier lugar, y lo serán hasta el fin. Nada puede romper ese lazo sagrado, ni separarnos de Su corazón.

Hay todavía otro pensamiento que puede alegrar a los de poca fe y las mentes débiles. La paternidad de Dios es común a todos sus hijos. Ah, Poca Fe, a menudo has admirado al Sr. Gran Corazón y has dicho: "¡Oh, si tuviera el coraje del Gran Corazón, si pudiera empuñar su espada y cortar en pedazos al viejo gigante Desesperación! ¡Oh, que pudiera luchar contra los dragones y que pudiera vencer a los leones! Pero estoy tropezando con cada paja y una sombra me atemoriza". Escucha, Pequeña Fe, Gran Corazón es un hijo de Dios y tú también eres un hijo de Dios. Y Gran Corazón no es ni un ápice más hijo de Dios que tú. David era hijo de Dios, pero no más hijo de Dios que tú. Pedro y Pablo, los Apóstoles muy favorecidos, eran de la familia del Altísimo, y tú también. Vosotros mismos tenéis hijos, uno es un hijo grande y de negocios, tal vez, y tenéis otro, una cosita todavía en brazos. ¿Cuál es más tu hijo, el pequeño o el grande? "Ambos", dices. "Este pequeño es mi hijo cerca de mi corazón y el grande también es mi hijo".

Y así, el pequeño cristiano es tan hijo de Dios como el grande.

***"Este pacto se mantiene seguro,
Aunque los viejos pilares de la tierra se doblen.
El fuerte, el débil y frágil,
son uno en Jesús ahora"***

Y son uno en la familia de Dios y nadie está por delante del otro. Uno puede tener más gracia que otro, pero Dios no ama a uno más que a otro. Uno puede ser un niño mayor que otro, pero no es más un niño. Uno puede hacer obras más poderosas y puede dar más gloria a su Padre, pero aquel cuyo nombre es el más pequeño en el reino de los cielos, es tan hijo de Dios como aquel que está entre los valientes del rey. Que esto nos anime y nos consuele cuando nos acercamos a Dios y decimos: "Padre nuestro que estás en los cielos".

Sólo haré una observación más antes de dejar este punto, a saber: que el hecho de que seamos hijos de Dios trae consigo innumerables privilegios. El tiempo me faltaría si intentara leer el largo rollo de los gozosos privilegios del cristiano.

Soy un hijo de Dios; si es así, Él me vestirá. Mi calzado será de hierro y bronce. Él me vestirá con el manto de la justicia de mi Salvador, porque Él ha dicho: "Traed la mejor ropa y vestidlo". Y también ha dicho que pondrá una corona de oro puro sobre mi cabeza y como soy hijo de un rey, tendré una corona real. ¿Soy su hijo? Entonces Él me alimentará. Mi pan me será dado y mi agua será segura. El que da de comer a los cuervos nunca permitirá que Sus hijos mueran de hambre, si un buen labrador alimenta las aves de corral, las ovejas y los bueyes, ciertamente los hijos de Dios no morirán de hambre.

¿Mi Padre adorna el lirio y andaré yo desnudo? ¿Apacienta Él a las aves que no siembran, ni siegan y sentiré necesidad? ¡Dios no lo quiera! Mi Padre sabe de qué cosas tengo necesidad antes de que se lo pida y Él me dará todo lo que necesito. Si soy Su hijo, entonces tengo una porción en Su corazón aquí y tendré una porción en Su casa arriba, porque "si hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo". "Si sufrimos con Él, juntamente también seremos glorificados". ¡Y oh, hermanos, qué perspectiva abre esto! El hecho de que seamos herederos de Dios y coherederos con Cristo prueba que todas las cosas son nuestras, el don de Dios, la compra de la sangre de un Salvador.

***"Este mundo es nuestro y el mundo venidero;
la Tierra es nuestro albergue y el Cielo nuestro hogar".***

¿Hay coronas? Son mías si soy heredero. ¿Hay tronos? ¿Hay dominios? ¿Hay arpas, ramas de palma, túnicas blancas? ¿Hay glorias que ojo no ha visto? ¿Y hay música que el oído no ha oído? Todo esto es mío, si soy un hijo de Dios. "Y aún no se manifiesta lo que hemos de ser, pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es". Hablemos de príncipes, reyes y potentados, su herencia no es más que un lamentable pie de tierra a través del cual el ala del pájaro pronto puede dirigir su vuelo, pero los amplios acres del cristiano no se pueden medir por la eternidad. Es rico, sin límite a su riqueza, él es bendecido, sin límites para su dicha. Todo esto y más de lo que puedo enumerar está involucrado en que podamos decir: "Padre nuestro que estás en los cielos".

El segundo lazo del texto es la fraternidad. No dice mi Padre, sino nuestro Padre. Entonces parece que hay muchos en la familia. Seré muy breve en este punto. "Nuestro Padre." Cuando hagas esa oración, recuerda que tienes muchos hermanos y hermanas que aún no conocen a su Padre y debes incluirlos a todos, porque todos los elegidos de Dios, aunque todavía no han sido llamados, siguen siendo Sus hijos, aunque no lo sepan. En uno de las hermosas lamentaciones de Krummacher. Entonces se le acercó su hijo Isaac y le dijo: 'Padre mío, ¿por qué te entristeces? ¿Qué te pasa?' Abraham respondió y dijo: "Mi alma se lamenta por los cananeos, que no conocen al Señor, sino que andan en sus propios caminos, en tinieblas y en necesidad.' 'Oh, mi padre', respondió el hijo, ¿es sólo esto? No se entristezca vuestro corazón. Porque ¿no son estos sus propios caminos?"

Entonces el Patriarca se levantó de su asiento y dijo: 'Ven ahora, sígueme'. Y llevó al joven a una choza y le dijo: 'Mira.' Había un niño que era un tonto y la madre estaba sentada llorando junto a él. Abraham le preguntó: '¿Por qué lloras?' Entonces la madre dijo: 'Ay, este mi hijo come y bebe y nosotros le servimos, pero no conoce el rostro de su padre, ni el de su madre. Así su vida se pierde y esta fuente de alegría está sellada para él'.

¿No es una pequeña y dulce parábola, para enseñarnos cómo debemos orar por las muchas ovejas que aún no están en el redil, pero que deben ser traídas? Debemos orar por ellos, porque no conocen a su Padre. Cristo los ha comprado y ellos no conocen a Cristo. El Padre los ha amado desde antes de la fundación del mundo y, sin embargo, no conocen el rostro de su Padre. Cuando digas "Padre Nuestro", piensa en los muchos de tus hermanos y hermanas que están en las calles secundarias de Londres, que están en las guaridas y cuevas de Satanás. Piensa en tu pobre hermano que está intoxicado con el espíritu del diablo. Piensa en él descarriado hacia la infamia y la lujuria, y tal vez al asesinato, y en tu oración clama por aquellos que no conocen al Señor.

"Nuestro Padre". Eso incluye a los hijos de Dios que difieren de nosotros en su doctrina. Ah, hay algunos que difieren de nosotros tan distantes como los polos, pero, sin embargo, son hijos de Dios. Vamos, señor fanático, no se arrodille y diga: "Padre mío", sino "Padre nuestro". "Por favor, no puedo poner a Señor Fulano de Tal, porque creo que es un hereje". Póngalo adentro, señor. Dios lo ha puesto y tú también debes ponerlo y decir: "Padre nuestro".

¿No es notable lo parecidos que son todos los hijos de Dios sobre sus rodillas? Hace algún tiempo, en una reunión de oración, llamé a dos hermanos en Cristo a orar uno tras otro, uno wesleyano y el otro calvinista fuerte. Y el wesleyano oró la oración más calvinista de las dos, creo, al menos, no podría decir cuál era cuál. Escuché para ver si no podía discernir alguna peculiaridad incluso en su fraseología, pero no había ninguna. "Los santos en oración aparecen como uno", porque cuando se arrodillan, todos se ven obligados a decir: "Padre nuestro", y todo su lenguaje después es del mismo tipo.

Cuando ores a Dios ten en cuenta a los pobres. Porque ¿no es El Padre de muchos pobres, ricos en fe y herederos del reino, aunque sean pobres en este mundo? Ven, hermana mía, si doblas la rodilla en medio del susurro de la seda y el raso, recuerda el algodón y el estampado. Hermano mío, ¿hay riquezas en tu mano? Acordaos de vuestros Hermanos de mano áspera y frente polvoriento, acuérdate de los que no pudieron vestir lo que tú vistes, ni comer lo que tú comes, sino que son como Lázaro comparados contigo, mientras que tú eres como el rico. Ora por ellos. Ponlos a todos en la misma oración y di: "Padre nuestro".

Y orad por los que están separados de nosotros por el mar, los que están en tierras paganas, esparcidos como sal preciosa en medio de la putrefacción de este mundo. Oren por todos los que nombran el nombre de Jesús y que su oración sea grande y comprensiva. "Padre nuestro, que estás en los cielos". Y después de haber orado eso, levántate y actúa. No digas "Padre Nuestro", y luego mires a tus Hermanos con una mueca o el ceño fruncido. Os suplico, vivid como Hermano y actuad como Hermano, ayuda a los necesitados, alegra a los enfermos, consuela a los pusilánimes, id haciendo el bien, ministrad al pueblo sufriente de Dios dondequiera que los encontréis. Que el mundo se fije en ti, que eres de pie lo que eres de rodillas, que eres un Hermano de toda la hermandad de Cristo, un Hermano nacido para la adversidad, como tu mismo Maestro.

2. Habiendo expuesto así la doble relación, me he dejado poco tiempo para una parte muy importante del tema, a saber, **EL ESPÍRITU DE ADOPCIÓN.**

Estoy extremadamente perplejo y desconcertado, sobre cómo explicar a los impíos cuál es el espíritu con el que debemos estar llenos, antes de poder hacer esta oración. Si yo tuviera aquí un expósito, uno que nunca había visto ni al padre ni a la madre, creo que tendría una gran dificultad para tratar de hacerle comprender cuáles son los sentimientos de un niño hacia su padre. Pobrecito, ha estado bajo tutores y gobernadores, ha aprendido a respetarlos por su bondad, o a temerlos por su austeridad, pero nunca puede haber en el corazón de ese niño ese amor hacia el tutor o el gobernador, por bondadoso que sea, que hay en el corazón de otro niño hacia su propia madre o padre.

Hay un encanto sin nombre allí, no podemos describirlo ni comprenderlo, es un toque sagrado de la naturaleza, un latido en el pecho que Dios ha puesto allí y que no se puede quitar. La paternidad se reconoce por la filiación del niño. ¿Y cuál es ese espíritu de niño, ese espíritu dulce que le hace reconocer y amar a su padre? No puedo decírtelo a menos que tú mismo seas un niño y entonces lo sabrás. ¿Y qué es "el espíritu de adopción, por el cual clamamos Abba, Padre"? No puedo decírtelo, pero si lo has sentido lo sabrás. Es un dulce compuesto de fe que conoce a Dios como mi Padre, amor que lo ama como mi Padre, gozo que se regocija en Él como mi Padre, temor que tiembla para desobedecerlo porque Él es mi Padre, y un cariño confiado y confianza que está en Él y se entrega enteramente a Él, porque sabe por el testimonio infalible del Espíritu Santo, que Jehová, el Dios de la tierra y del cielo, es el Padre de mi corazón.

Oh, ¿alguna vez has sentido el espíritu de adopción? ¡No hay nada igual bajo el cielo! Salvo el mismo Cielo, no hay nada más dichoso que disfrutar de ese espíritu de adopción. ¡Oh, cuando sopla el viento de la angustia y se levantan olas de adversidad y el barco se tambalea hacia la roca, qué dulce, entonces, decir: "Padre mío" y creer que Su mano fuerte está sobre el timón!

Qué alegría cuando los huesos duelen y cuando los lomos están llenos de dolor y cuando la copa está llena de ajeno y hiel, para decir: "Padre mío", y viendo la mano de ese Padre acercando la copa al labio, para beberla constantemente hasta las heces porque podemos decir: "Padre mío, no se haga mi voluntad, sino la tuya". Martín Lutero dice, en su Exposición de Gálatas, "hay más elocuencia en esa palabra, 'Abba, Padre', que en todas las oraciones de Demóstenes o Cicerón juntas". "¡Mi padre!" Oh, hay música allí. Ahí hay elocuencia. Está la esencia misma de la propia bienaventuranza del Cielo en esa palabra, "Mi Padre", cuando se aplica a Dios y cuando la pronunciamos con una lengua inquebrantable a través de la inspiración del Espíritu del Dios viviente.

Mis lectores, ¿tenéis el espíritu de adopción? Si no, sois hombres miserables. ¡Que Dios mismo te lleve a conocerlo! ¡Que Él te enseñe tu necesidad de Él! ¡Que os conduzca a la Cruz de Cristo y os ayude a mirar a vuestro Hermano agonizante! Que os bañe en la sangre que brotó de sus llagas abiertas y luego, acogidos en el Amado, os regocijéis de tener el honor de ser uno de esa sagrada familia.

3. Y ahora, en último lugar, dije que había en el título, **UN DOBLE ARGUMENTO**. "Nuestro Padre". Es decir, "Señor, escucha lo que tengo que decir. Eres mi padre". Si me presento ante un juez, no tengo derecho a esperar que me escuche en cualquier momento en particular, en cualquier cosa que tenga que decir. Si viniera simplemente a anhelar algún premio o beneficio para mí mismo, si la ley estuviera de mi lado, entonces podría exigirle una audiencia. Pero cuando vengo como transgresor de la ley, y sólo vengo a pedir misericordia o favores que no merezco, no tengo derecho a esperar ser oído. Pero un niño, aunque se equivoque, siempre espera que su padre escuche lo que tiene que decir.

"Señor, si te llamo Rey, dirás: 'Eres un súbdito rebelde, vete'. Si te llamo Juez, dirás: 'Calla, o por tu propia boca te condenaré'. Si te llamo Creador, me dirás: 'Me apena haber hecho al hombre sobre la tierra'. Si te llamo mi Preservador, me dirás: 'Te he preservado, pero te has rebelado contra mí.' Pero si te llamo Padre, toda mi pecaminosidad no invalida mi reclamo. Si eres mi Padre, entonces me amas. Si soy tu hijo, entonces me considerarás pobre, aunque mi lengua sea, no la despreciarás".

Si se pidiera a un niño que hablara en presencia de varias personas, cuánto se alarmaría si no usara el lenguaje correcto. A veces puedo temer cuando tengo que dirigirme a un auditorio poderoso, no sea que deba seleccionar palabras selectas, sabiendo muy bien que si fuera a predicar como nunca lo haré, como el más poderoso de los oradores, siempre tendría suficientes críticos que critican y se burlan de mí, pero si tuviera a mi Padre aquí y si todos ustedes pudieran estar en la relación de padre conmigo, no debería ser muy cuidadoso con el lenguaje que use. Cuando hablo con mi Padre no tengo miedo de que me malinterprete. Si pongo mis palabras un poco fuera de lugar, Él entiende mi significado de alguna manera.

Cuando somos niños pequeños solo parloteamos, pero nuestro padre nos entiende. Nuestros niños hablan mucho más como los holandeses que como los ingleses cuando comienzan a hablar, y los extraños entran y dicen: "Dios mío, ¿qué está hablando el niño?" Pero sabemos lo que es, y aunque en lo que dicen puede no haber un sonido inteligible que cualquiera pueda distinguir y que un lector pueda entender, sabemos que tienen ciertas necesidades pequeñas, y que tienen una forma de expresar sus deseos, y podemos entenderlos.

Entonces, cuando venimos a Dios, nuestras oraciones son pequeñas cosas rotas. No podemos ponerlos juntos pero nuestro Padre, Él nos escuchará. ¡Oh, qué comienzo es el "Padre Nuestro", a una oración llena de faltas y una oración tal vez tonta, una oración en la que vamos a pedir lo que no debemos pedir! "¡Padre, perdona el idioma! ¡Perdona el asunto!"

Como dijo un querido Hermano el otro día en la Reunión de Oración, no podía seguir orando y terminó de repente diciendo: "Señor, esta noche no puedo orar como quisiera. No puedo juntar las palabras. Señor, toma el significado, toma el significado", y se sentó. Eso es exactamente lo que David dijo una vez: "He aquí, todo mi deseo está delante de ti", no mis palabras, sino mi deseo y Dios podía leerlo. Debemos decir, "Padre nuestro", porque esa es una razón por la cual Dios debe escuchar lo que tenemos que decir.

Pero hay otro argumento. "Nuestro Padre". "Señor, dame lo que necesito". Si vengo a un extraño, no tengo derecho a esperar que me lo dé, puede que lo haga por caridad, pero si acudo a un padre, tengo un derecho, un derecho sagrado. Padre mío, no tendré necesidad de usar argumentos para mover tu pecho. No tendré que hablarte como el mendigo que llora en la calle, porque eres mi Padre, conoces mis necesidades y estás dispuesto a aliviarme. Tu tarea es aliviarme. Puedo acudir a Ti con confianza, sabiendo que me darás todo lo que necesito.

Si le pedimos algo a nuestro padre cuando somos niños pequeños, ciertamente estamos en una obligación, pero es una obligación que nunca sentimos. Si tuvieras hambre y tu padre te alimentara, ¿sentirías una obligación como la sentirías si fueras a la casa de un extraño? Entrás temblando en casa de un extraño y le dices que tienes hambre. ¿Él te dará de comer? Él dice que sí, que te dará algo. Pero si vas a la mesa de tu padre, casi sin preguntar, te sientas como algo natural y te das un festín y te levantas y te vas y te sientes en deuda con él, pero no hay un sentido doloroso de obligación.

Ahora bien, todos estamos profundamente obligados a Dios, pero es la obligación de un niño, una obligación que nos impulsa a la gratitud, pero que no nos constriñe a sentir que hemos sido degradados por ella.

Oh, si Él no fuera mi Padre, ¿cómo podría esperar que Él aliviara mis necesidades? Pero ya que Él es mi Padre, Él quiere, Él debe escuchar mis oraciones y contestar la voz de mi clamor, y suplir todas mis necesidades de las riquezas de Su plenitud en Cristo Jesús el Señor.

¿Tu padre te ha tratado mal últimamente? Tengo esta palabra para ti, entonces. Tu padre te ama tanto cuando te trata con rudeza como cuando te trata con amabilidad. A menudo hay más amor en el corazón de un padre enojado que en el corazón de un padre que es demasiado amable. Supondré un caso. Supongamos que hubiera dos padres y sus dos hijos se fueran a alguna parte remota de la tierra donde todavía se practica la idolatría. Supongamos que estos dos hijos fueran engañados y engañados hacia la idolatría. La noticia llega a Inglaterra y el primer padre está muy enfadado. Su hijo, su propio hijo, ha abandonado la religión de Cristo y se ha vuelto idólatra.

El segundo padre dice: "Bueno, si eso lo ayudará en el comercio, no me importa. Si le va mejor, todo muy bien. Ahora bien, ¿quién ama más, el padre enojado o el padre que trata el asunto con complacencia? Bueno, el padre enojado es mejor. Él ama a su hijo, por lo tanto, no puede dar el alma de su hijo por oro. Dame un padre que se enoje con mis pecados y que busque hacerme volver, aunque sea con castigo. Gracias a Dios que tienes un Padre que puede estar enojado, pero que te ama tanto cuando está enojado como cuando te sonrío.

Vete con eso en mente y regocíjate. Pero si no amáis a Dios ni le teméis, id a casa, os lo ruego que confieses vuestros pecados y busques misericordia por la sangre de Cristo, y que este sermón sea útil para traerte a la familia de Cristo, aunque te hayas alejado de Él por mucho tiempo. Y aunque Su amor te ha seguido por mucho tiempo en vano, ¡que ahora te encuentre y te lleve a Su casa con regocijo!